

cultura



El escultor Eduardo Chillida, durante el montaje del *Peine del viento*, al pie del monte Igueldo en San Sebastián en agosto de 1977. / CÉSAR LUCAS

Chillida hace inventario

El 'Catálogo razonado de escultura' reúne en 2.000 páginas medio siglo de proceso creativo del artista donostiarra ● El primer tomo abarca de 1948 a 1973

MIKEL ORMAZABAL
San Sebastián

Eduardo Chillida (San Sebastián, 1924-2002) era un joven alumno del Colegio de España, en París, cuando en 1948 engendró su primera escultura, *Forma*, una pieza modelada en yeso que un año después fue expuesta en la capital francesa. A *Forma*, inspirada en la escultura griega arcaica del Louvre, le siguieron otras 1.360 obras aproximadamente, hasta completar un insigne legado que situó al artista vasco entre los

más sobresalientes del siglo XX. Toda esta producción escultórica se recogerá íntegramente en *Eduardo Chillida. Catálogo razonado de escultura* (Editorial Nerea), una suerte de inventario imprescindible del autor que constará de cinco volúmenes y del que ayer se presentó el primer tomo, con las 274 creaciones realizadas entre 1948 y 1973. Los cuatro restantes se publicarán uno por año.

Es el resultado de un meticuloso rastreo por galerías, colecciones privadas, casas de subas-

tas, museos... hasta dar con el listado completo de obras, algunas cuyo paradero es desconocido —el 20% aproximadamente—. Cuatro años de investigación que Ignacio Chillida, uno de los ocho hijos del creador, y su yerno Alberto Cobo han necesitado para ordenar cronológicamente todas las piezas, hacer una reseña historiográfica y corregir imprecisiones que se han arrastrado de una publicación a otra.

Un catálogo rotundo, como las creaciones de Chillida. 375 páginas en formato grande, escrito

en castellano, euskera e inglés, dirigen la mirada a la primera etapa creativa del autor, desde sus piezas iniciales en Francia hasta los años en que trabajó en Hernani (Gipuzkoa) y San Sebastián. Eran los tiempos en que creó las series *Yunque de sueños*, *Lugar de encuentros*, *Alrededor del vacío* o *Elogio de la luz*, obras como *Ilarik*, *Lurra*, los estudios del *Peine del viento* que comenzó a idear en 1952. Los años del hierro forjado y el acero, tan predominantes en el primer periodo, cuando también se empleó con

el bronce, alabastro, mármol, madera o la tierra cocida.

Este catálogo es "el mejor regalo que podemos hacer a nuestro padre", dijo Ignacio Chillida. Servirá de referencia documental para la comunidad académica, comisarios, coleccionistas y amantes de la obra del artista. La publicación es puramente descriptiva, sin ningún contenido sobre la estética del creador, salvo el apunte crítico del prólogo firmado por el catedrático de Historia del Arte Kosme de Barañano.

Los autores han tenido que realizar una labor casi detectivesca, según Cobo, para localizar algunas esculturas, documentarlas y crear una ficha individual con información detallada de las obras. Se han valido del archivo que Gisèle Michelin, propietaria de la Galería Maeght (París), con la que trabajó mu-

Han sido cuatro años de detectivesco trabajo y 600.000 euros de coste

Alrededor del 20% de las piezas están en paradero desconocido

chos años Chillida, fue preparando en los años cincuenta y que tres décadas después donó a la fundación del artista, donde se continuó con esta labor de catalogación. Pero para documentar algunas han tenido incluso que recurrir a las pólizas de los seguros que se contrataban para transportar las esculturas.

Este proyecto, presupuestado en unos 600.000 euros, cuenta con el respaldo económico de Fundación Kutxa, cuyo logo, según recordó su responsable de la Obra Social, Carlos Ruiz, también es obra del creador donostiarra. La editorial Nerea espera "cubrir gastos", dijo su gerente, Marta Casares, con la venta del libro (110 euros cada ejemplar). Está pendiente la edición de la versión digital para que el catálogo adquiera "difusión mundial", como solicitó la familia Chillida.

Forjador de sueños

FRANCISCO CALVO SERRALLER

A los 24 años, Eduardo Chillida, hasta ese momento estudiante de Arquitectura y portero titular de la Real Sociedad, decidió saltar al vacío, donde caen encima mucho más de 100 balones, y convertirse en artista. Ocurrió en 1948, fecha que el futuro artista se trasladó a París para encontrarse con lo mejor de sí mismo. En ese París de posguerra, empobrecido hasta lo miserable, pero cargado como nunca de ilusiones, Chillida se encontró, en efecto, a gusto, y conectó con quien debía hacerlo, entre otros, con Pablo Palazuelo, más veterano, que le sirvió de eficaz guía en la cosmopolita y complicada urbe y, sobre todo, para extraer su entraña de escultor, facilitándole el andamiaje intelectual y de relaciones adecuado. Lo cierto es que Eduardo Chillida enseñada voló solo, con seguri-

dad y muy alto, pues, apenas tres años después de iniciar su aprendizaje, halló la senda de su luminosa posterior trayectoria, como así lo acreditó con la realización de su primera escultura en hierro: *Ilarik* (1951).

Al hablar del hierro, tocamos un punto esencial de la escultura de vanguardia contemporánea, que conectó a Chillida con quienes inventaron las posibilidades del uso de este material, como, en primer lugar, Pablo Picasso y Julio González, y, luego, el estadounidense David Smith. Todos estos precedentes se produjeron, en primera instancia, entre 1925 y 1942, dejando una siembra fértil, que floreció en la vanguardia occidental tras la II Guerra Mundial, con escultores europeos y americanos. Entre estos últimos, Chillida desempeñó un papel excepcional, porque supo arraigar esta pasión por la forja del hierro en los mo-

delos locales de la artesanía popular guipuzcoana, principalmente basándose en el instrumental agrícola, pero para lanzarse a la conquista de un imaginario personal cada vez más exigente y deslumbrante.

No es extraño que suscitase el interés de los mejores filósofos contemporáneos

Aunque iniciase su carrera artística con el hierro, Chillida acabó trabajando con todo el variado elenco de materiales que puede emplear un escultor contemporáneo: la madera, el acero, el hormigón, el alabastro, la cerámica, la porcela-

na e incluso el papel, demostrando con ello que la escultura también podía tener extrema ligereza, con lo que logró ser capaz de encarnar todos los modelos ideales de escultor que enunció en su momento el renacentista Alberti: los de tallador, fundidor y modelador.

Esta versatilidad en el uso de materiales, que significa mucho más que una simple habilidad artesanal, se completó con el rico combustible mental de Eduardo Chillida, en cuya cabeza se plantearon apasionantes interrogantes personales acerca de la relación entre los elementos extremos que constituyen la determinación material de las cosas, como la relación entre plenitud y vacío, línea y masa, claridad y oscuridad. Sobre esta tesitura ideológica no es extraño que suscitase el interés de los mejores filósofos contemporáneos, como Martin Heidegger, Gaston Bachelard y Emil Cioran, así como de los mejores poetas. Este diálogo con las alturas más exigentes del pensamiento solo es posible cuando un artista tiene el alma de un forjador de sueños.